

## 089. La lucecita roja...

Leemos en la Biblia unas palabras que son un cariñoso desafío de Dios. Pregunta el autor sagrado a sus paisanos: *-A ver, Israel, dime: ¿hay una nación tan grande que tenga sus dioses tan cercanos a ella como lo está el Señor Dios con nosotros?... (Deuteronomio 4,7).* Le podían haber respondido: *-Ciertamente que no. Sus dioses son estatuas horripilantes de dioses monstruosos que ponen espanto con sólo mirarlos...* Esto, lo que hubieran respondido en el Antiguo Testamento.

Si pasamos ya al Nuevo Testamento, vemos cómo Juan el Bautista les dice entre serio y con sonrisa algo misteriosa a los judíos: *-Está en medio de vosotros uno a quien no conocéis (Juan 1,26).* Jesús era todavía un desconocido en el pueblo.

Y si se nos hiciera a nosotros esta pregunta: *-¿Dónde piensan encontrar a Jesucristo?...*, a lo mejor más de uno pasaría sus apuros.

Así lo entendió el cura que mandó al escultor hacer una estatua de Juan el Bautista para el templo parroquial. Nada más abrir la puerta, se encontraban los feligreses con el severo profeta, que, brazo extendido, señalaba el Sagrario, y decía sin palabras: *-¡Ahí está! ¡Ahí!...*

Al entrar en una iglesia católica, mejor que con una imagen de madera, nada más tender la mirada hacia delante, nosotros nos encontramos con una lucecita roja, que llama silenciosa pero inequívocamente:

*- Aquí está Aquél a quien buscan...*

El Espíritu Santo, que guía a la Iglesia por los derroteros más seguros, y los más oportunos también en cada época de la historia, nos recordó esta verdad en nuestros días por medio de unos niños inocentes, sin cultura humana, pero llenos de la luz del Cielo: los niños de Fátima. Francisco fue muy especial. Aún no iba a la escuela, y le dice a Lucía:

*- Tú vas a la clase. Cuando salgas, ven a buscarme en la iglesia. Allí estaré cerca del altar con Jesús Escondido.*

Y, ya herido de muerte e inmóvil en la cama, el niño le confía y le pide a su prima con toda candidez:

*- Lo que me duele es no poder estar con Jesús Escondido. Vete a la iglesia y dile un montón de cosas por mí.*

Esto Francisco. Y Jacinta, la más pequeña, de sólo siete años, lo mismo:

*- ¡Me gusta tanto estar sola con Jesús Escondido!...*

En esas apariciones de Fátima, la Virgen María no se constituía en el centro del culto, sino que conducía a los niños, y por medio de ellos a toda la Iglesia, hacia donde está Cristo y nos espera a todos.

El Papa Pablo VI, sin el lenguaje infantil de los videntes de Fátima, sino con su autoridad de Vicario de Jesucristo, nos lo pedía en documento solemne:

*- Durante el día, no omitan los fieles el hacer la visita al Santísimo Sacramento, puesto que la visita es prueba de gratitud, signo de amor y deber de adoración a Cristo Nuestro Señor allí presente, ya que día y noche está en medio de nosotros, habita con nosotros, lleno de gracia y de verdad.*

La Madre Teresa pasará a la historia como la gran amiga de los más pobres entre los pobres. Pero, ¿de dónde sacaban su fuerza la santa de Calcuta y las Misioneras?

Un día se le presentan éstas con una petición extraña:

- *Madre, queremos tener adoración todos los días.*

La Madre Teresa, por ella, también lo hubiera querido. Pero el trabajo que llevaban sus Misioneras era demasiado, y la Madre dudaba entre conceder o no la petición. Así que insiste:

- *Todos los días? ¿No les basta con ese día que le reservamos cada semana? ¿Y cómo lo van a hacer, con el trabajo que tienen...*

Cedió finalmente la Madre Teresa, que confesaba después:

- *He comprobado que desde entonces hay en nuestra comunidad un amor mucho más íntimo a Jesús, más comprensión entre todas, un amor con más compasión a los pobres, y hemos duplicado el número de las vocaciones.*

Cuando se contempla con esta fe la presencia de Jesucristo entre nosotros, y así es nuestra actitud con Jesucristo en el Sagrario, viene como fruto primero la transformación de toda la vida cristiana, como dice el mismo Papa Pablo VI:

- *Cualquiera que se dirige al augusto Sacramento de la Eucaristía experimenta y comprende a fondo lo preciosa que es la vida escondida con Cristo en Dios y cuánto vale entablar conversación con Cristo. No hay cosa más suave ni más eficaz para recorrer el camino de la santidad.*

Se hizo clásica en la Primera Guerra Mundial la vida terrible que se llevaba en las trincheras. El invierno fríasimo, con la lluvia y nieve, resultaba terrible. En medio de esta situación, un capellán militar descubre una capilla cercana, ve en ella la clásica lamparita roja, y nos cuenta:

- *No puedo describir mi emoción cuando la vi, porque de repente se me cambió el infierno de las trincheras en un cielo. ¡Tenía a Jesús muy cerca, a mi lado mismo!...*  
(Padre William Doyle)

Los pueblos paganos tenían sus dioses de piedra y madera entre ellos como unos espantapájaros.

Los judíos del desierto, bien afortunados, sentían la presencia de Dios en el arca guardada en el campamento, después en Silo y posteriormente en el templo de Jerusalén.

Jesucristo, con el nuevo Israel de Dios, que es la Iglesia, ha hecho algo más. Se ha quedado presente Él mismo en persona, como diciendo: *-Quien me busque, no necesita para encontrarme una estrella en los cielos como los Magos. Una lucecita roja se lo dice con mucha más precisión...*